

DIOS QUIERE RESTAURAR LA FAMILIA

ORVILLE SWINDOLL¹

En estos tiempos Dios está dando una orientación profética a su pueblo, que apunta a la restauración de los valores morales y espirituales de la vida familiar. En diferentes épocas de la historia y en diversas situaciones, él dio a sus siervos una visión profética para restaurar algún valor perdido u olvidado. Y ese ministerio profético va más allá de un simple enunciado y más allá de la percepción de algo por anticipado. Es el llamado a una conducta consecuente con la verdad revelada anteriormente a su pueblo.

Tengo la convicción de que para conducir una familia en la voluntad de Dios necesitamos tener una visión profética. Es decir, la capacidad de entender adonde quiere llevarnos el Señor y la fe para poder realizarlo. Criar bien una familia no es cuestión de suerte. No tiene nada que ver con el azar, sino con una orientación clara de parte de Dios sobre la vida diaria.

Y sobre este tema de la restauración de la familia Dios ha hablado a su pueblo desde tiempos antiguos. Consideremos, por ejemplo, el siguiente pasaje del Antiguo Testamento:

He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.

Malaquías 4:5-6

Lucas cita la misma profecía con algunas modificaciones muy aleccionadoras:

E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.

Lucas 1:17

Es evidente que el evangelista toma ciertas libertades con el texto del profeta para señalar una interpretación más que una simple cita. Conviene observar en los dos pasajes tanto lo que tienen en común como las diferencias entre sí. Dios hace una promesa a su pueblo por boca de Malaquías, que cumple 400 años después en la persona de Juan el Bautista: “Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres”. Se utilizan las palabras “hará volver” para señalar la restauración de algo que se ha perdido, algo que fue devaluado, que se deterioró.

Esto no nos debe sorprender, porque la misma Biblia relata como Dios destruyó la tierra a causa de la corrupción del hombre y la decadencia de la familia. Antes de hacerlo, él advirtió a Noé —quien había hallado gracia ante sus ojos— que acabaría con el ser humano, pues en su maldad había pervertido la familia, alejándola del propósito de quien la creó. Hoy el Señor nos advierte nuevamente que, a menos que la familia sea profundamente restaurada, nos espera juicio.

Lucas señala la segunda razón, que es la contraparte de la primera. Esta restauración ha de suceder a fin de *preparar un pueblo bien dispuesto para el Señor*. Esto implica que ninguna orientación que no incluya la restauración de la familia es adecuada para encauzar

la formación y capacitación del pueblo de Dios para su objetivo divino. El Señor está preparando un pueblo, y la pieza clave en su conformación es la entidad social llamada **familia**.

¿Qué constituye una familia?

La familia consiste de un matrimonio más los hijos criados por ese matrimonio. La palabra de Dios enseña que esa unidad, ese grupo básico, es la pieza clave para la construcción de su pueblo.

¿Por qué hemos de prestar atención a esta cuestión? Porque de esta manera colaboramos con Dios en la formación de su pueblo. Un pueblo se compone no tanto por una masa de individuos como *por un conjunto de familias*. Este énfasis también obedece a una profunda preocupación: que el Señor no tenga necesidad de ejecutar un juicio que destruya la tierra. Al formar familias sólidas, santas, atractivas, felices, hacemos nuestro aporte a la sociedad para asegurar que ella goce de la bendición de Dios.

La necesidad de restauración es evidente. Por todos lados vemos los casos de destrucción familiar, conflictos entre esposos, separaciones, divorcios, infidelidad matrimonial, rebelión juvenil y falta de comunicación entre padres e hijos. Además, hay jóvenes que toman la decisión precipitada y poco juiciosa de mantener relaciones sexuales prenupciales, o aún casarse sin medir seriamente las consecuencias.

Como pastor me ha tocado tratar muchos casos que literalmente me han hecho llorar. La conciencia de esta situación torna más urgente la necesidad de restaurar la familia.

Hace tiempo hemos dado una importancia preponderante a la familia, al punto que algunos se preguntan: “¿cuándo se les va a acabar el rollo?” Otros nos advierten que insistir mucho sobre la conducta recta y justa nos llevará a perder adeptos. Pero lejos de eso, vemos multiplicarse la bendición de Dios, no sólo en cuanto a cantidad de gente sino en lo que hace a calidad de familias bien establecidas en base a estas verdades bíblicas.

Vemos grupos familiares enteros convertirse y bautizarse, matrimonios ponerse en orden, hijos solucionar sus problemas, y padres reconciliarse con sus hijos. Todo lo cual nos estimula a seguir firmes en esta visión profética que el Señor nos ha dado.

La iglesia es un conjunto de familias

1) No puede haber iglesia estable, pujante, fuerte y vital si no cuenta con familias que reúnan estas cualidades.

Recuerdo una conversación con un pastor joven de otro país latinoamericano. Le pregunté cuántos miembros tenía su congregación. Me contestó: —Unas cien personas.

—Y de entre esas cien personas, ¿cuántas familias enteras hay?

Luego de pensar un poco dijo: —Cuatro.

— ¿Y cuántas de esas familias son firmes y estables?

—Me temo que ninguna.

No hacía falta hacerle más preguntas. Se podía entender perfectamente por qué la situación de esa congregación era tan desalentadora. No tenía entusiasmo ni empuje. Tampoco la posibilidad de sostenerse económicamente. Si esas cien personas, en lugar de ser individuos aislados, hubiesen constituido veinte familias enteras, el cuadro habría sido muy diferente.

La iglesia es un conjunto de familias. Al menos, es el cuadro que se nos presenta en las Sagradas Escrituras.

Cuando alguien me pregunta cuántos miembros tiene nuestra congregación, casi siempre le contesto indicando el número de familias que la integra. Me preocupa ver congregaciones de familias en torno a una hermosa juventud, o a un grupo de mujeres dinámicas, o en base a cualquier otro sector parcializado de la sociedad. Cuando tengo oportunidad, les advierto: “Pongan el fundamento sobre familias sólidas, porque la iglesia del Señor no se edifica sobre individuos aislados”. A menos que los pastores nos dediquemos con decisión, fe y convicción a la formación de familias, no lograremos una obra estable; a la larga, se ha de derrumbar.

2) Una familia estable, feliz y atractiva constituye el mejor medio para comunicar la gracia y la verdad de Dios al mundo.

No hay otro medio mejor. Ni evangelistas, ni propaganda, ni tratados, ni libros pueden reemplazar eficazmente a las familias bien formadas en la tarea de comunicar la gracia y la verdad de Dios al mundo. Por una sencilla razón: en el ámbito familiar se vive lo que se cree, y se pueden apreciar las evidencias de esa fe y esa vida durante las veinticuatro horas del día, todos los días del año. Los amigos, los parientes y vecinos nos conocen y saben cómo vivimos.

Claro está que este no es un medio rápido para la comunicación del evangelio. Se requiere más tiempo lograr resultados a través del testimonio de la familia. Algunos están apresurados, no tiene paciencia. Cuando los pastores tienen esta mentalidad, no pueden efectuar los ajustes necesarios en sus congregaciones. Quieren apresurar las cosas, y no se toma el tiempo para formar a las familias. Al actuar así, en realidad pierden tiempo y terreno. Los años pasan y no hace falta ser profeta para prever los resultados.

En cambio, conozco varios casos de pastores que se dedicaron con toda convicción, fe y paciencia a la formación de familias durante cinco o diez años. Hoy tienen congregaciones fuertes, pujantes, con líderes, con juventud, con hombres, con mujeres, donde se evangelizan, tienen cultos preciosos, y gozan de libertad en el Espíritu. ¡Hay de todo, porque en una familia hay de todo! Los que estaban apresurados y no tuvieron tiempo para dedicarse a las familias se encuentran hoy detrás de una maquinaria religiosa pesada a la que siempre tienen que dar manija para que marche. No hay nada mejor que formar familias sólidas para una extensión efectiva del reino de Dios.

3) La mejor herencia que podemos dejar a la nación y a la iglesia son hijos bien orientados, que a su vez establezcan hogares sólidos.

Se aprecia mejor lo que somos, lo que creemos, y cómo vivimos a través de familias bien constituidas, que por medio de literatura y cintas grabadas. Lamentablemente, hay padres y madres que encuentran muy pesado el trabajo de criar hijos. Con frecuencia se los escucha comentar: “¡Qué feliz me voy a sentir cuando mis hijos crezcan y no me causen más preocupaciones!” No se dan cuenta de que por desatenderlos, cuánto más grandes sean, mayores preocupaciones les ocasionarán.

Otros son los resultados que se alcanzan por obedecer al Señor y dedicarse con fe y amor a la crianza de los hijos. Cuando crecen, no sólo no acarrearán problemas, sino que son una fuente de alegría y satisfacción para sus padres. Hijos que bendicen a su madre y honran a su padre. ¡Cuánto mejor!

Vuelvo a enfatizar que el peor enemigo en todo este proceso es la impaciencia. No se puede apresurar la crianza de los hijos, ya que para cada uno contamos con apenas dieciocho o veinte años. Digo apenas, porque uno se da cuenta de que cuando el hijo llega a esa edad, el tiempo casi no le ha alcanzado. Eso es lo que sentimos mi esposa y yo; dieciocho o veinte años son apenas suficientes, si la dedicación es seria y firme, y la tarea se realiza con fe y amor. Cuando se desaprovechan cinco o diez de esos años, se corre el riesgo de no lograr el objetivo.

Que Dios tenga que hacer volver el corazón de los padres a los hijos insinúa que ha habido descuido. Cuando se tiene el corazón vuelto hacia los hijos, se encuentra tiempo para ellos. Esto no es tiempo perdido, sino tiempo bien invertido. Esto es así porque estamos determinados a lograr algo sólido y permanente al cabo de los años. Y cuando pasemos de esta vida dejaremos más que un simple recuerdo; quedarán tras nosotros familias bien constituidas, comenzando por las de nuestros propios hijos y las de los hijos de nuestros discípulos. Esas familias serán un testimonio vivo de lo que han sido sus antecesores.

Estos son hechos irrefutables. Dondequiera lleguemos con el reino de Dios, lo haremos con la intención de echar raíces, quedarnos, extender nuestras “tiendas”, ejercer influencia, lograr penetración, hasta extender el reino de Dios en toda la sociedad en derredor. Si tenemos esta convicción, podremos anunciar con propiedad y fe al llegar a un lugar: “Satanás, he venido aquí para quedarme, y cuando tú ya no estés más, yo seguiré aquí en el nombre del Señor”. El diablo va a desaparecer, pero el pueblo de Dios no desaparecerá ni desvanecerá. No obstante, nadie podrá echar raíces ni dejar huellas a su paso si no se dedica a criar su propia familia y orientar a otras familias en el camino del Señor.

Me permito sugerir ahora unos

Pasos concretos hacia la restauración de la familia:

1) Primero, hay que orientar la vida en familia según los principios planteados en la palabra de Dios.

No es novedoso pero es esencial. Todo lo que hacemos en el nombre del Señor —sea dar una enseñanza, señalar un precepto o cumplir un mandamiento— tiene un valor perdurable. Lo demás desaparece. Orienta a tu familia según la palabra de Dios. No te dejes guiar por sentimientos, gustos o intereses personales. Encara metódicamente cada área de la vida familiar que necesite ser restaurada: relaciones entre los esposos, trato con los hijos, educación, disciplina, finanzas, etc. Hazlo sistemáticamente, con valor y fe.

Criar bien una familia no es cuestión de suerte. Depende de la obediencia a la palabra de Dios y de la fe. Esto trae como consecuencia la bendición del Señor.

Cuando era joven, me preocupaba pensando en el futuro de mi familia. ¿Cómo saldrían mis hijos? Por momentos, me parecía una lotería. Luego comprendí que no era así. La mejor garantía de que los hijos salgan bien es criarlos según el sabio consejo de Dios. No podemos mejorar el plan del Señor. La atención que dediquemos a establecer buenos fundamentos y orientar sanamente a la familia redundará luego en felicidad, equilibrio y prosperidad.

Dios es el autor del matrimonio. Nadie sabe mejor que él cómo debe funcionar. Escucharlo y hacerle caso asegura el éxito. Dios es un Padre perfecto; nadie sabe criar hijos como él. Es imprescindible leer la Palabra para entender todo lo que Dios dice sobre esta cuestión y luego ponerlo en práctica. ¡Se obtienen excelentes resultados! El afán de los hombres modernos por encontrar otras alternativas para la vida en familia surge como resultado de no querer obedecer a Dios. Evidencia la terrible confusión y desorientación de los que piensan así. Cualquiera se da cuenta de que no debe escuchar a una persona confundida. El que verdaderamente sabe es aquel que ha vivido una conducta apropiada y observado las consecuencias. Si tú deseas tener éxito en tu matrimonio, habla con quienes han estado casados por muchos años con felicidad: aprenderás sabiduría. Si quieres criar bien a tus hijos, pide consejo al que ya ha criado los suyos y le han salido bien: aprenderás sabiduría. No prestes atención a la literatura que procede de la confusión, de la desorientación o del afán del hombre por mejorar lo que Dios ha establecido. El Señor ha dado luz a su pueblo. Si andamos en esa luz, no sólo no fracasaremos sino que veremos progresar las cosas.

Me alienta mucho ver a hermanos que han orientado bien sus propias casas y ahora están en condiciones de orientar y ayudar a otros. Una de las satisfacciones más grandes que tengo como pastor es verme rodeado de familias que durante años han recibido un sano consejo para su formación. No sólo se ven los resultados en ellas sino en otras, a las que han podido guiar con sabiduría. Es la mejor garantía para la iglesia: familias sólidas, firmes, sanas.

Señalo a continuación la médula de las enseñanzas bíblicas al respecto:

Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia.

Esposas, honren a sus maridos y colaboren con ellos.

Hijos, honren y obedezcan a sus padres, que es el primer mandamiento con promesa (Dios le da mucha importancia a esta cuestión).

Padres, amen, bendigan y enseñen a sus hijos, sin temor, con valor y fe, porque ustedes son los responsables por ellos delante de Dios.

2) También tenemos que vivir la vida en familia con propósito.

No consideres la vida como una serie de acontecimientos que se suceden día a día. Proyéctate hacia el futuro. Haz planes para tu familia a cinco años, a diez años, a veinte

años. ¿Qué edad tendrán tus hijos entonces? Vive desde ahora con propósito, invierte tiempo y esfuerzo en ello.

Para orientar bien a los hijos se debe tener presente que la relación más permanente no es la que se da entre padres e hijos, sino entre marido y mujer. No te dediques tanto a los hijos que descuides tu relación matrimonial.

Una de las épocas críticas más agudas suele producirse justamente cuando los hijos se casan y se van del hogar. Si los esposos no han desarrollado una buena relación entre sí, con comprensión, amor y disposición del uno hacia el otro, de pronto encuentran que no tienen nada en común. Se han mantenido unido en torno a los hijos, y al casarse éstos, descubren que no hay de qué conversar, ni qué hacer juntos, y se distancian el uno del otro.

Es preciso desarrollar la vida familiar con propósitos concretos. Proyéctate diez o veinte años adelante, cuando ya los hijos no sean pequeños, cuando todos o casi todos estén casados y quizás lejos de casa, y queden solos marido y mujer. ¿Será dulce todavía el estar juntos? ¿Resultará grato el compañerismo? ¿Los momentos compartidos tendrán el mismo sabor? Cuando ambos se dedican a desarrollar una buena relación, al pasar los años las cosas van de bien en mejor.

Mi amada esposa y yo llevamos bastante más de treinta años de casados, y cada año es más dulce y mejor que el anterior. La amo más que cuando me casé con ella; con más dedicación, con más sacrificio, con menores intereses personales que antes. Esta es una realidad hermosa que no tiene nada que ver con la suerte, sino que se ha producido como consecuencia de la obra de Dios en nuestras vidas.

¿Qué propósito tiene Dios para la familia? Él quiere que su luz brille a través de la densa oscuridad que la rodea. Entonces, ¡qué mejor medio para la evangelización que nuestros propios hogares! Por eso es que no prestamos tanta atención a las capillas o salones de culto como antes. Hace unos años decidimos construir un edificio de tres pisos con viviendas y un salón de reuniones en la planta baja. Antes de concluirlo, el salón ya nos resultaba demasiado pequeño por el crecimiento de la congregación. Pero nos habíamos propuesto no edificar otro. Utilizamos el que tenemos para diversos fines y alquilamos otro mayor para las reuniones más grandes. En realidad, nunca lo construimos con la idea de quedarnos allí. El mejor lugar para “instalarse” en forma definitiva es el hogar. El mejor lugar para evangelizar es el hogar. Pero si la familia no está bien orientada, no puede servir a los intereses del Señor. Una familia bien formada constituye el mejor púlpito para dar a conocer al mundo nuestra fe, en un testimonio radiante, contundente, permanente.

Me permito hacer una referencia particular a nuestra congregación. Comenzamos con tres o cuatro familias en el año 1968 y de entrada nomás decidimos levantar la obra en torno a familias. No éramos muy expertos en la materia, pero a través de los años recibimos luz y logramos alcanzar nuestro objetivo; el crecimiento de la congregación se dio por familias. Desde hace varios años venimos observando que entre el 70% y el 80% de los bautismos es de matrimonios. Hombre y mujer entran juntos en las aguas. Es excepcional que un individuo se bautice sólo o que sea el único convertido en su familia.

También hicimos otra cosa desde el principio: dedicamos especial atención a los hombres, por ser cabezas de familia. Entendíamos que al formarlos bien, ellos serían capaces de

orientar a sus familias. Si en cambio nos dedicáramos mayormente a niños, a los jóvenes o a las mujeres, haríamos un trabajo parcial. Creo que se sentaron bases sólidas para la marcha de la obra. Dios nos ha bendecido y esta modalidad se está extendiendo a muchos otros lugares.

3) Además, hemos de comunicar una palabra de redención a las víctimas de la destrucción familiar.

Frecuentemente llegan a la iglesia familias destruidas o descorazonadas, matrimonios rotos. Vienen esposos, esposas, e hijos amargados y angustiados. O padres preocupados por la rebelión de sus hijos. ¿Qué tenemos para ellos? Una palabra de redención.

El amor de Dios es redentor. Sin embargo, al afirmarlo debemos entender que el amor y la misericordia del Señor que proclamamos no proponen un camino fácil. No se trata de una gracia barata. Hay un precio que pagar. Es preciso no amedrentarnos ante los problemas graves que la gente vive. Dios nos ha dado un evangelio poderoso que perdona y redime al peor pecador. Ha habido tiempos en que no queríamos hablarles a ciertas personas porque pensábamos que el evangelio los confrontaría con demandas demasiado pesadas. Ahora entendemos, y lo hemos experimentado, que el evangelio que predicamos es poderoso y puede levantar al más ruin. Más aún, sabemos que es lo único que puede salvar a esa persona. ¡Ay de nosotros si callamos!

Cada vez se valora con mayor aprecio la firmeza con la que hemos encarado la cuestión de la fidelidad matrimonial. Años atrás temblaba al pensar en confrontar a una pareja mal formada, frente a la realidad de que no era matrimonio legítimo delante de Dios, sino un concubinato. Ahora entiendo que no hay nada mejor que la palabra de Dios para esas vidas conflictuadas. La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma. Sus palabras son más dulces que la miel y alivian la pesada carga que la gente ha llevado por largos años a causa de su propia iniquidad y rebelión. Debemos aceptar de una vez por todas que Dios sabe mejor que nosotros cómo son y cómo han de ser las cosas. Dios no nos ha dado leyes arbitrarias, sino que son para nuestro bien y salud. Cuando las transgredimos, sufrimos las consecuencias de nuestra trasgresión. Pero su paciencia, amor y misericordia pueden encaminarnos de nuevo hacia la justicia.

Lamentablemente, durante estos últimos años los evangélicos hemos adquirido la mala costumbre de ser indulgentes y flexibles con respecto al divorcio y recasamiento. Somos expertos en encontrar excusas que alivien el peso de la palabra de Dios con respecto a la iniquidad de la gente.

En su libro **LA FAMILIA CRISTIANA**, Larry Christenson cita al alemán Dietrich Bonhoeffer.

Dios hace que nuestro matrimonio sea indisoluble. Él lo protege contra todo peligro que lo amenace de afuera o de adentro; Dios mismo es quien garantiza la indisolubilidad del matrimonio. No existe tentación ni debilidad humana que pueda disolver lo que Dios une; en verdad, quienquiera que lo sepa puede confiadamente decir: Lo que Dios ha unido, ningún hombre puede separarlo.

Luego continúa Christenson:

Los cristianos necesitan reconocer que al tomar el nombre de Cristo, aceptan una norma matrimonial diferente de la que es permitida por las autoridades civiles. Martín Lutero reconoció que las autoridades civiles podían conceder el divorcio, pero al mismo tiempo declaró cuáles eran las implicancias que este acto pudiera tener para un cristiano: 'Donde no hay cristianos, o los que hay son cristianos perversos y falsos, estaría bien que las autoridades les permitieran, a semejanza de los paganos, repudiar a sus esposas, y tomar otras, con el fin de que no tengan, por causa de sus vidas discordantes, dos infiernos, uno aquí y otro allá. Pero que se les haga saber que a causa de su divorcio cesan de ser cristianos, y se convierten en paganos, y que están en estado de condenación'.

En oposición a esto se levanta una objeción que es tan natural que nadie se sorprende de ella: 'Si los matrimonios son indisolubles, y si el esposo y la esposa están atados el uno al otro de por vida, entonces un matrimonio desafortunado es un mal de magnitud inexpresable'. Sí, así es: y así debiera ser. Que no se diga que un castigo semejante es demasiado duro para la liviandad juvenil que ha determinado la elección. Esa liviandad debiera soportar el castigo más duro posible, porque ha hecho de la más solemne de todas las relaciones humanas un asunto de deporte, y de satisfacción sensual.

Si es que una persona verdaderamente inocente tiene que sobrellevar la carga de un matrimonio infortunado, hay esperanza para ella aun en sus sufrimientos; y aun éstos, para el hombre rendido a Dios, son la más completa escuela de purificación, y de disciplina en la virtud: los años perdidos en cuanto a felicidad terrena resultan en ganancia para la eternidad.

Las personas que establecen la felicidad personal como la meta principal y el propósito del matrimonio, encontrarán que esto es intolerablemente severo. Sin embargo, es una cosa digna de preguntarse si Dios lo considera demasiado severo. Dios no tiene temor de pedir a los suyos que soporten penalidades, si esta es la mejor manera de que sus propósitos sean cumplidos. Bien pudiera suceder que con el fin de preservar el matrimonio como una institución de Dios, algunas personas tuvieran que soportar un matrimonio infortunado. Este es un mal menor que los quebrantamientos al por mayor de matrimonios que estamos presenciando en nuestros días. Es muy posible que no seamos capaces al fin de contener la manera de esto en la sociedad. Pero los cristianos pueden determinar que ellos vivirán de acuerdo a las leyes de Dios, a pesar de las normas predominantes en el mundo que les rodea.

Larry Christenson, LA FAMILIA CRISTIANA,
Minneapolis: Editorial Betania, pp. 25-27

Cuando Esdras trajo de vuelta al pueblo de Dios a Jerusalén, después de setenta años de cautiverio en medio de una nación pagana, encontró que se había mezclado con esa gente y adoptado hábitos y costumbres paganos mayormente a causa de casamientos mixtos. Esdras lloró amargamente y confesó a Dios la confusión de rostro y gran vergüenza que sentían él y el pueblo, y rogó al Señor que les tuviera misericordia. Luego llamó a toda la gente que estaba mal casada, y le ordenó que en el nombre del Señor terminara con esas relaciones prohibidas por la ley de Dios. Muchos lloraron y se entristecieron, pero fueron obedientes.

Esdras sabía lo que muchos aun no saben: que si no se toman medidas drásticas, no se corrige un mal enraizado en la comunidad. Nosotros procedemos (y procederemos) con mucho amor y misericordia, pero con la firme convicción de que Dios tiene razón.

Aunque sea así, ante casos de personas arruinadas por una situación de irregularidad matrimonial, tenemos una palabra de redención. Hay un cierto orden a seguir en este proceso de redención.

- a) **Amar:** Debemos amar al pecador, como también a la víctima del infortunio.
- b) **Orientar con la verdad:** Lo que levanta al pecador es la verdad de Dios, no los sentimientos humanos. La verdad de Dios echa bases, establece fundamentos.
- c) **Inducir a la fe:** Hay que introducir en cada situación lamentable la vida, el poder y la gracia de Dios por medio de la fe.
- d) **Conducir al pecador a una vida íntegra:** La alcanzará a través de su obediencia a la luz, el arrepentimiento, la confesión y la restitución.
- e) **Restaurar:** Enseñarle a adoptar las normas establecidas por Dios, y a ordenar su vida y su familia delante del Señor.

Este es el camino señalado por Dios a los suyos. Pues él quiere restaurar la familia hoy.

Identidad y amparo: Necesidades que la familia debe suplir

Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada. Dios hace habitar en familia a los desamparados; saca a los cautivos a prosperidad; mas los rebeldes habitan en tierra seca.

Salmo 68:5-6

Este texto revela el carácter de Dios: él es “padre de huérfanos y defensor de viudas” y “hace habitar en familia a los desamparados”. Esto insinúa que uno de los propósitos más elementales de la familia es proveer amparo.

Amparar es más que dar techo. Implica orientar, cobijar, cubrir, proteger, amar, comprender. La intención divina es que todo ser encuentre refugio, guía y afecto al nacer en un hogar. Que se inicie en este mundo hostil y difícil con un claro sentido de identidad y orientación. El hogar que no provee esto fracasa.

Cuando los hijos llegan a la edad de casarse y formar sus propios hogares, deben tener una clara noción de quienes son, aunque tiemblen por dentro al pensar en las grandes responsabilidades que deberán enfrentar como esposos o padres. No se sentirán inseguros si han sido bien formados.

Pero muchas veces los jóvenes se casan sin tener la menor idea de cómo se conduce una familia, cómo se manejan las finanzas, cómo se ordena una casa, cómo se prepara una comida o se atiende la ropa, cómo se soluciona una disputa, cómo se ayuda a un necesitado. Nuestra tarea como padres es enseñar a nuestros hijos y darles un sentido de identidad, de modo que cuando dan frente al mundo, por hostil que este sea, marchen seguros, sin dudar de su capacidad para enfrentar la vida. Al apuntar a la restauración de la familia, evidentemente es propósito de Dios recuperar estos puntos clave en nuestras vidas.

A través de los años hemos tratado casos de matrimonios mal orientados y de familias convulsionadas que escuchan el evangelio y aceptan el mensaje del gobierno de Dios sobre sus vidas, y luego estas verdades penetran y transforman sus hogares. Surge en ellos un testimonio espontáneo: “Pastor, ¡tenemos un nuevo matrimonio, un nuevo hogar!” Experimentan una restauración por efectos del evangelio. Algunos dicen después de años de peleas en su matrimonio: “Recién ahora estamos en la luna de miel”.

He conocido niños frustrados, conflictuados, caprichosos, desconcertados, hechos un manojo de nervios, acostumbrados a gritar, pelear y molestar, que son transformados al convertirse sus padres. Pasados unos cinco o seis meses, se los ve calmos, apacibles, ubicados. ¿Qué fue lo que produjo esto? La orientación de Dios para la familia. Los padres aprendieron a disciplinar y educar a sus hijos, y estos sienten paz, amparo, protección, orientación. Aun cuando no puedan razonar sobre lo que les ha sucedido, experimentan la realidad de la verdad que sus padres han comprendido y comenzado a poner en práctica en su hogar. Esa es la verdadera restauración de la familia.

Algunos principios básicos

Hay ciertos principios elementales al respecto que me gustaría mencionar.

1) Una paternidad nítidamente perfilada

No hay familia bien formada sin una legítima paternidad. El uso de la palabra *paternidad* generalmente se limita al mero hecho de ser progenitor. El sentido bíblico es más amplio. El hombre, como cabeza del hogar, debe ser para su familia ejemplo de vida que oriente a todos. Si al casarse descubre que su flamante esposa es nerviosa, con una sana orientación de su parte ella debe poder distenderse y tranquilizarse. Tiene que sentirse protegida, cuidada, amada, orientada. No hace falta preguntar al marido cómo anda el matrimonio; con observar a su mujer basta. Si la mujer se la ve feliz, realizada como esposa y madre, y confiada en su marido, es evidente que el hombre cumple su rol de marido, de cabeza de hogar, y de padre (si es que tiene hijos). Una paternidad sana y responsable marca el rumbo de toda la familia.

Es un error de graves consecuencias suponer que los hijos van a encontrar el camino correcto a solas. No es así. El padre debe señalarles el rumbo en toda circunstancia y tiempo. Aquel que se rehúse a asumir esa santa responsabilidad que Dios le ha encomendado, sufrirá en carne propia la rebelión, desorientación y frustración de sus hijos cuando sean grandes.

Padre, no dejes a tus hijos elegir su propio camino sin orientarlos; es tu responsabilidad como padre. Y como marido, es tu deber guiar a tu mujer. Una de las instrucciones básicas de la Biblia en cuanto a la responsabilidad del varón es que él debe santificar a su mujer (Efesios 5:21-30). Mi esposa, por el hecho de vivir conmigo debe ser cada vez más santa. No porque le predique ni porque se lo exija; tampoco porque le imponga leyes o requisitos, sino porque yo le abra camino delante de ella, porque yo lleve una vida temerosa ante Dios, porque en mi propio andar marque el rumbo a seguir. Muchas veces he notado que

cuando la vida del marido agrada a Dios, él mismo corrige los errores de su esposa y de sus hijos.

Vale decir que en la formación de la familia uno de los puntos más claves es la orientación dada por el padre. Cuando en un hogar las cosas andan mal, hay que comenzar a solucionarlas por el papá, siempre que él esté dispuesto a recibir orientación. No quiero decir que otras personas no puedan ser instrumentos de Dios. Cualquier miembro de la familia que se ponga en las manos del Señor puede comenzar a abrir camino para que él obre. Sin embargo, la restauración de la familia se efectiviza realmente cuando el padre es receptivo al sano consejo de la palabra de Dios y ordena su vida según esas pautas.

Cuando una familia entera se entrega al Señor, comienzo a trabajar por el padre. Si la mujer se pone nerviosa y trata de apresurarme, o si los hijos señalan que el papá anda mal, que la mamá necesita ayuda, que la casa no funciona, les digo: "Tengan paciencia. Yo sé lo que estoy haciendo". No intento solucionar todos los problemas a la vez; los de papá, los de mamá y los de los hijos. Sé muy bien que arreglando a papá, todo lo demás comienza a ponerse en orden. El primer punto clave, entonces, es una paternidad claramente delineada.

La maternidad está estrechamente relacionada con la paternidad. Hay una gran necesidad de orientación al respecto. Pero tengo la profunda convicción de que la madre no puede ser todo lo que quisiera ser si el padre no ocupa su lugar. Una maternidad bien entendida complementa a la paternidad. Pero si no hay paternidad que complementar, la maternidad se frustra.

2) Roles definidos y relaciones claras

Dentro del hogar los roles deben ser claros y nítidos. Como padre, tengo que saber lo que a mí me toca hacer, y cómo relacionarme con mi mujer y mis hijos. Eso orienta a los demás miembros de mi familia. No puedo requerir a mi esposa que dependa de mí, si yo no soy claro. No puedo pedir a mis hijos que sean obedientes, si no les doy pautas precisas. Los roles deben ser definidos. Es común verlos invertidos en aquellos hogares que funcionan mal: mamá asume una actitud mandona, los hijos reclaman democracia, etc. El hogar no puede funcionar como una democracia porque se ha estructurado sobre otras bases. De otro modo fracasa y nos frustra a todos.

La familia no es una institución democrática. Muchas naciones tienen gobiernos democráticos. Pero ni ellas funcionan bien si los hogares no andan bien. El país no sale adelante porque tenga buenas leyes, un presidente adecuado, o un excelente gabinete que lo acompañe, sino porque los hogares sean sanos. Si los hogares de un país están bien constituidos, prácticamente cualquier gobierno funcionará bien.

Las relaciones deben ser claras y firmes y proveer sostén a todos los miembros de la familia. Mamá tiene que saber que papá la apoya. Papá tiene que estar seguro de que toda la familia lo respalda. Los hijos precisan sentir que papá y mamá los comprenden. Y padre y madre deben estar seguros de que sus hijos los acompañan. Entonces, asumidos los roles, se dan relaciones claras y el hogar funciona debidamente.

3) Amor sacrificial y desinteresado

Entre los miembros del núcleo familia debe haber el deseo de llevar la carga los unos de los otros, tolerarse mutuamente, mostrar fe y paciencia hacia los demás, velar todos por el bienestar de la familia. Cada miembro tiene que entender la importancia del conjunto. Si no ama a la familia y sólo se preocupa por sus propios intereses, siembra destrucción en su propio hogar. El marido no puede simplemente exigir a su esposa que se sujete. La mujer no puede decirle a su marido cada momento: “¡Tienes que amarme como Dios te manda!”

No es cuestión de recordarle al otro versículos bíblicos, sino de amar y disponerse al sacrificio. Por ejemplo, cuando uno grita, la mejor respuesta es callarse. Cuando el marido o la mujer demanda con altanería: “¡Tienes que explicarme esto!”, lo mejor es apaciguar los ánimos. “Por qué mejor no nos calmamos primero, querido, y después conversamos”. No se puede dialogar con los “cables pelados”, con los nervios alterados. Tiene que existir el amor sacrificial, el amor que comprende que vivir en familia no es una carga pesada, sino una bendición celestial.

Recuerdo la historia de una niña de siete u ocho años que salió a caminar con su hermanito de cuatro. Después de un rato, el muchacho se cansó. Entonces ella, apenas más alta que él, lo cargó en brazos para llevarlo de vuelta al hogar. Un hombre que pasaba por la vereda le preguntó: “¿No es pesado ese muchacho?” Ella respondió sencillamente, “No, no es pesado. Es mi hermano”.

El marido hará bien en tener presente este ejemplo cuando le toca sufrir y sobrellevar carga porque su mujer en ocasiones no lo comprende. Tiene que recordar que su mujer no es pesada, que es su esposa. Y la mujer debe pensar, cuando el hombre se pone difícil, “No es pesado, es mi marido”.

Cuando el esposo ve a la esposa muy atareada, debe mostrar disposición a ayudarla. Cuando nota que al cabo de varias horas los niños la ponen nerviosa, tiene que ofrecerse a sacarlos al parque, o traer una niñera y llevar a su esposa a pasear. Es necesario que vele por la salud de ella. Una mujer atareada durante seis o siete años con niños pequeños acaba viviendo en un mundo muy reducido de pañales sucios, montañas de ropa que atender, pisos que limpiar, cocina permanentemente desordenada, etc. Si el hombre no atiende a su esposa, ella comienza a reflejar en su persona y en su actitud descuido de sí misma y desaliño, a causa de lo que vive con los chicos. Luego el hombre, que ha desatendido su propio hogar, pone los ojos en una mujer bien arreglada, hermosa, sin niños, y comienza a pensar en la diferencia.

Marido, si te pasa eso, la culpa es tuya. Has descuidado a tu mujer, la mujer de tu juventud. Recuerda que cuando te casaste con ella, era linda, prolija, atenta, amorosa. Tú le diste los hijos que tiene. Y la dejaste sola. Es tu responsabilidad también. Comparte su carga, alívala e invítala a pasear para disfrutar juntos de la vida.

4) Orientación sana, precisa y responsable

Me ha tocado tratar con muchas familias en su intimidad. Las he visto desordenadas y faltas de orientación. Muchas veces me senté con ellas alrededor de la mesa de la cocina para enseñarles a tratarse bien y a criar sus hijos. El deseo de mejorar ya estaba en ellos, pero les faltaba orientación.

Una de las cosas más gratas del pastorado es ver con qué rapidez se producen cambios en una familia bien dispuesta ante una orientación sana. No hace falta esperar cinco años. En poco tiempo se empiezan a ver los cambios. El marido, en lugar de venir a la reunión caminando tres metros delante de su esposa, llega tomando de su mano. ¡Ah! ¡Algo comienza a pasar! Y en vez de entrar él solo primero dejándole los tres chicos a ella, aparece con dos de sus hijos en brazos y la esposa con el tercero. Al llegar a la puerta, él le dice: “Pasa primero, por favor” ¡Se producen cambios porque hay buena orientación!

A veces la familia llega a ser un verdadero desastre simplemente por ignorancia. La ignorancia es una maldición que debemos desterrar de entre nosotros. Hay orientación precisa en la palabra de Dios. Más de un papá me ha pedido: “Pastor, deme una guía concreta, mandatos claros, órdenes específicas, y yo las voy a cumplir”. ¡Qué alegría da ver que eso suceda!

5) Un marco comunitario coherente

Toda familia necesita un marco coherente, lo que podríamos llamar un modelo comunitario a seguir. Tu familia no está sola, sino integrada a un conjunto de familias. Como mencioné anteriormente, el pueblo de Dios está conformado por un conjunto de familias.

¡Qué hermoso es descubrir que podemos ayudarnos unos a otros! Un padre conversa con otro padre. Una madre aconseja a otra. Los jóvenes intercambian comentarios sobre los cambios que se producen en sus propios hogares. Se encuentra familia con familia para almorzar juntos, para salir juntos, para pasar una tarde juntos. Existe una comunidad, hay convivencia. ¡Aleluya! Me siento involucrado con todas estas familias que caminan en la voluntad de Dios. Me siento tan comprendido y bendecido que tengo la certeza de que esto va a continuar progresando. Lo creo porque hay familias sólidas, íntegras, que establecen un marco de seguridad. Nos sentimos fortalecidos y bendecidos por la comunidad, por el conjunto de familias que andan en la voluntad de Dios y comprenden sus propósitos. Dios está esperando un pueblo bien dispuesto, familias que irradian luz en la oscuridad.

“Dios hace habitar en familia a los desamparados y saca a los cautivos a prosperidad”.
¡Aleluya!

¹ Pastor de la Comunidad Cristiana de Miami, EEUU, y miembro del grupo apostólico en Argentina.

